

## **HACIA UNA NUEVA SINTESIS POLITICA Y SOCIAL**

Nuestro aporte a la reconstrucción  
del Movimiento Nacional y Popular

Tanto en el Partido Justicialista, como en la UCR y muchas de las estructuras partidarias menores, conviven concepciones muy diversas, muchas de ellas absolutamente incompatibles, imposibles de sintetizar.

Esto tiende a determinar que los mecanismos de la lucha interna resulten inútiles para resolver quién conduce y quienes deberían acompañar, ya que lo que está en discusión, no son matices de un mismo proyecto, sino proyectos distintos.

Diferentes causas dan origen a este fenómeno, factores internos de cada una de las distintas fuerzas políticas, se mezclan con las impactantes experiencias que han vivido y viven el país y el mundo.

Ello obliga a realizar un profundo análisis, despojado de prejuicios, y por eso, a veces doloroso. Un análisis en donde muchas de las certezas a las que hemos adscripto en forma casi religiosa durante años, hoy deben ser revisadas. Las identidades de las que provenimos están en crisis, y las crisis, no suelen resolverse positivamente reeditando linealmente el pasado. Aún aspectos valiosos de la vida del hombre o la sociedad, pueden resultar absurdos o inútiles en contextos y tiempos distintos.

Sin embargo, la necesidad de un análisis de la profundidad del que proponemos, no debe ser leída como un sacrilegio, un modo de renegar de la propia identidad política, o una traición a los valores y principios esenciales que le han dado origen y sentido a nuestra militancia social y política. Por el contrario, se trata de asumir con audacia las

modificaciones necesarias para continuar llevando adelante aquellos ideales.

No proponemos cambiar de objetivos, sino hacernos cargo de que la realidad no es estática, aceptar que el adversario opera incluso por líneas internas, y adecuar nuestra fuerza para continuar la marcha.

Los lineamientos políticos asumidos por la gestión menemista, cuestionan muy fuertemente la identidad peronista y obligan a un profundo análisis destinado a determinar las causas de esa realidad, como paso previo ineludible en el intento de rescatar los principios más valiosos del peronismo, para colocarlos sin sectarismos, al servicio de la reconstrucción del movimiento nacional y popular.

El peronismo se forjó sobre bases heterogéneas. Hombres de pensamiento irigoyenista, sumados a sectores disidentes de la izquierda y el movimiento obrero, realizaron, cualitativa y cuantitativamente, el aporte más significativo en capital federal, la periferia de Buenos Aires y algunas provincias de incipiente industrialización. En cambio, fueron los sectores más reaccionarios y conservadores, los que se apropiaron del nuevo movimiento en ciertos distritos del interior bonaerense y otras provincias.

En este contexto, si bien el primer sector geográfico y social, unido al pensamiento de Perón, resulta predominante en cuanto a la concepción ideológica y el rumbo político, los sectores conservadores asentados en el resto del país, mantuvieron y aun desarrollaron su poder político y económico.

Así, la cara más valiosa del movimiento peronista, quedó constituida por quienes resistieron los embates contra YPF, asumieron el latinoamericanismo, se negaron a abandonar a los más humildes como su base social, y dijeron no a la alvearización del radicalismo. Mientras tanto, muy otra cosa sucedía en el interior del país. Esta carencia de homogeneidad, contribuiría con el tiempo, al desarrollo de las conocidas contradicciones en el seno del Movimiento.

Irigoyenistas, socialistas y anarco- sindicalistas entre otros, llegaron incluso a incorporar dirigentes y activistas a la gestión gubernativa de Perón, dando origen a una nueva etapa en el movimiento nacional. Etapa de resultados positivos, medida a través del desarrollo del país y la calidad de vida del pueblo, sin dejar de considerar los aspectos disvaliosos propios de todo proyecto humano.

Del mismo modo, resultan innegables los efectos nefastos de la concepción conservadora enquistada en el peronismo. Este hecho, denunciado oportuna y reiteradamente por Eva Perón, y que se manifiesta de distintas formas en cada una de las etapas que vivió el Movimiento, encuentra en nuestros días una clara y dramática significación en la gestión menemista.

Sin embargo, a pesar de la importancia indiscutible de los aspectos enunciados, no es posible asignar a los mismos la exclusiva responsabilidad de los desvíos ideológicos del Partido Justicialista. En ese sentido, cabe considerar el tremendo impacto del “proceso de reorganización nacional”, como se autodenominó la más cruel y vendepatria de las dictaduras que hayamos vivido los argentinos.

Si bien hay quiénes piensan que ya ha pasado “tiempo suficiente” y dicen que no se puede seguir achacando al proceso la triste realidad que nos toca vivir, ni el olvido resuelve traumas, ni aquella afirmación representa una superación del pasado, sino un intento por escriturar los resultados del genocidio. La prolongada noche de violencia no fue en vano, nunca el derramamiento de sangre lo es. Las secuelas del proceso han de extenderse indefinidamente, en tanto el abordaje de esta etapa no esté claramente vinculado a la justicia.

El proceso contribuyó decisivamente a resolver el debate abierto en la argentina de los 70, a favor del más reaccionario de los bandos, tanto los valores sociales como la idea de nación, fueron modificados violentamente. En el ámbito político y sindical, en el sistema educativo y judicial, en la iglesia, y en todos los sectores de nuestra realidad, triunfó el no cambio con los métodos de la inquisición.

El debate generado en una sociedad que se había atrevido a pensar en profundas transformaciones, una sociedad que comenzaba a balbucear acerca de la necesidad de modificaciones de fondo, fue cancelado por la brutalidad de la fuerza, otorgando la victoria al más conservador y primitivo de los proyectos. Sus trágicas consecuencias confirieron a ese penoso tramo de la historia argentina, función pedagógica.

Los políticos de los '80 ya no hablarían de revolución ni transformaciones de fondo, sino de obtener los resultados a partir de manejar “idóneamente” lo que se había conducido en forma “inexperta”, se había logrado imponer la teoría de la “optimización del sistema”.

Los equipos técnicos pasaron a ser la vedette de la acción política. La ilusión sería ofrecer soluciones a los de abajo sin lesionar los intereses de los de arriba. Flirteo a dos puntas en el cual los de abajo son más útiles a la hora de votar, y los de arriba a la hora de gobernar. El correlato político del genocidio es el deterioro de los principios y la ética en la acción política, su síntoma externo, la corrupción.

Si bien todo lo expuesto, unido al complejo panorama político internacional, representa una muy difícil coyuntura, es innecesario recordar que la realidad es esencialmente dinámica. La oleada conservadora en el mundo es un síntoma de la profundidad y vastedad de la crisis, no un indicador de la definitiva victoria del capitalismo.

La fase depredatoria del desarrollo humano, está tocando sus límites. El agotamiento de diversos recursos naturales no renovables, el incremento descontrolado de la polución y diversas manifestaciones de desequilibrio ecológico y social, no podrán ser resueltas por medio de las reglas de juego del mercado. Ni siquiera la inversión en desarrollo tecnológico destinado corregir ciertos efectos negativos, podrá otorgar indefinidamente respuesta al problema, ya que las manifestaciones externas de desorden, tanto natural como social, son sólo síntomas de la crisis y no la causa de la misma.

El hombre se halla frente a un desafío histórico: asumir las necesarias modificaciones de fondo o intentar consolidar la organización política, económica y social vigente, condenándose a vivir una realidad cada vez más caótica. En los tiempos que vivimos, un nuevo orden político basado en el protagonismo social, confrontará con el individualismo propuesto por el sistema. Pero este último sólo tenderá a posponer el inevitable desenlace de la crisis al costo de agravar las consecuencias. Una verdadera evolución, exigirá que la libertad en los términos tradicionalmente concebidos, deje lugar a la libertad social, el hombre comprenderá que su evolución personal se halla íntimamente ligada a la evolución de su sociedad, o tenderá a convertirse en un esclavizador más cruel y despiadado de otros hombres, al tiempo que se agudizarán las contradicciones.

Entendiendo no sólo útil, sino indispensable el aprovechamiento de la experiencia, y considerando a partir de ella la difícil etapa que nos toca vivir, donde se advierte una desproporcionada concentración de poder favorable al bando neoliberal-conservador, resulta necesario el desarrollo de un movimiento político y social dispuesto a enfrentarlo en defensa de los intereses populares y de la nación.

La construcción de una nueva síntesis política y social que, teniendo en cuenta la historia demuestre capacidad para utilizar de ella los elementos positivos emergentes, pero a la vez disposición para superar sectarismos estériles y divisiones anacrónicas. Una nueva síntesis que otorgue lugar a mujeres y hombres de distinta extracción política del campo nacional y popular, al mismo tiempo que genere canales concretos de expresión y representatividad a las diversas organizaciones sociales comprometidas con ese ámbito de la realidad. En otras palabras, contribuir a la tarea de poner nuevamente de pie al movimiento nacional y popular, para lo cual, los valores con los que el hombre encare la acción resultarán más importantes que la absolutización de las identidades políticas de que provenimos.

La reorganización del Movimiento Nacional, no puede ser resuelta repitiendo sistemáticamente la receta aplicada en el pasado. Tampoco la corrección de los desaciertos o errores propios de anteriores experiencias, podrían por sí solos garantizar resultados positivos en el presente, ya que tanto las condiciones políticas y sociales como los desafíos actuales, conforman una realidad distinta, particular, inédita, que demanda su propia respuesta.

Así por ejemplo, si bien en 1945 bastó que confluyeran hombres de distinta extracción política y el movimiento obrero, para expresar adecuadamente a la sociedad de ese tiempo, hoy, una construcción similar supondría, entre otras cosas, la marginación lisa y llana de los sectores más postergados de la sociedad, de aquellos que no sienten interpretados sus intereses en el ámbito político pero que tampoco podrían encontrarse representados por el ámbito de la organización sindical, ya que simplemente, y de partida, carecen de encuadre porque no tienen trabajo.

La compleja realidad que afrontamos representa un desafío que debe ser abordado creativamente. No son sólo ideológicos, políticos y programáticos los elementos necesarios para construir una verdadera alternativa. La escasa credibilidad existente en el ámbito político, demanda también una metodología distinta, nueva, transparente, acompañada por una escala de valores éticos y morales capaz de devolverle a este ámbito el idealismo perdido. Se trata de poner en marcha una nueva cultura política.

La participación protagónica de cuando menos seis grandes sectores de organización social: el sindicalismo, las organizaciones libres del

pueblo, el ámbito de la cultura, la militancia cristiana, el ámbito de la militancia cristiana y el movimiento estudiantil, es una necesidad insoslayable.

El ámbito sindical en sus diversos niveles: sindicatos, agrupaciones, comisiones internas, debe participar en función de la histórica inserción del movimiento obrero en las luchas populares y ante la necesidad de romper con las prácticas oportunistas que se han ido desarrollando en su seno, superando el plano estrictamente reivindicativo al que pretende reducirlo el liberalismo, donde la picardía y la inescrupulosidad han tendido a desplazar la solidaridad y la conciencia de clase.

Recuperar la dimensión política de la tarea sindical, debe ser la consigna si verdaderamente se desea aportar a la construcción de una sociedad justa, en lugar de aceptar resignadamente la corresponsabilidad en la administración de la crisis.

Las organizaciones libres del pueblo ( movimientos de asentamientos, cooperativas, organismos de derechos humanos, las distintas organizaciones barriales y comunitarias, los movimientos vinculados a la ecología social y la defensa del medio ambiente, el movimiento de los medios alternativos de comunicación social, etc) deben disponer en la nueva síntesis política y social de canales concretos de expresión. De esta manera será posible evitar la implementación subalterna de los mismos con fines electoralistas, o que se conviertan en funcionales al sistema por vía de la atomización y el aislamiento, en consonancia con las propuestas vecinalistas, formuladas por los personeros del “onganiato” y el “procesismo”.

En la búsqueda y valoración de nuestra identidad, seriamente debilitada por el liberalismo, que lo somete todo a las reglas de juego de los mercados, es indispensable promover una política para el ámbito de la cultura, generando un verdadero protagonismo de los exponentes de la misma, evitando así que la explotación electoral de los prestigios y aportes generados en esa área, que terminan convirtiendo a muchos artistas bien intencionados en co-responsables de la fabricación de señuelos políticos. La cultura no puede ser un instrumento de la política, sino parte integral de la misma.

Vinculada en sus orígenes y casi toda la historia a la dominación de nuestros pueblos, la fe cristiana constituye hoy uno de los rasgos más fuertes de identidad latinoamericana. Sin el ánimo de generar una discriminación religiosa, ni promover una teocracia, sino de aprovechar

su inserción en la base y los espacios abiertos por los sectores más comprometidos, se entiende útil la participación de la militancia cristiana en el ámbito político.

En política, el statu quo no existe. Se transita el camino de la inclusión y el desarrollo, donde sectores cada vez más vastos se incorporan a una mejor calidad de vida, más adecuados niveles de salud, educación, etc, o se sufren las consecuencias de un modelo de achicamiento y exclusión, que para mantener a flote a los sectores de privilegio, exige arrojar diariamente a otros a la marginación.

De las nefastas consecuencias de este proceso no resulta indemne la pequeña y mediana empresa, aquella que tiene sus intereses e inversiones exclusivamente vinculados al suelo argentino, por ello su aporte a la construcción de una propuesta política nacional y popular resulta de vital importancia.

Justicia social no es el sacrificio de hoy para disfrutar en el futuro.

Justicia social es justa distribución en el presente para la construcción de un futuro común. En el marco del proyecto político vigente el futuro sólo ofrecerá satisfacción a un muy reducido número de personas. El trabajo, el esfuerzo, la formación, el estudio, no son hoy garantía de evolución. Ofrecer un ámbito de acción al movimiento estudiantil para incidir desde el plano político en la modificación de las causas que esterilizan los esfuerzos y recursos allí invertidos, es, por un lado, una cuestión de justicia para con los directamente involucrados, y por otro, de defensa de los intereses del conjunto de la nación que financia el sistema educativo.

En términos generales, se trata de desarrollar una propuesta política que signifique un verdadero avance hacia la construcción de una democracia real, asumiendo que la simple vigencia de las instituciones republicanas, no garantiza en sí misma una auténtica democracia.

La construcción de una democracia real implica necesariamente conflicto, y en consecuencia, lucha pues lesionará intereses fuertemente enquistados y prolongadamente ejercidos. Para llevar adelante una labor semejante, ampliar y fortalecer la base de sustentación del proyecto es una prioridad insoslayable.

En un esquema como el desarrollado, la reconstrucción de una fuerte capacidad de movilización popular se convierte en la única herramienta capaz de brindar una apoyatura que trascienda lo coyuntural. Sin

embargo, esa poderosa palanca de toda transformación social de fondo, sólo se activará plenamente a partir de una indisoluble vinculación entre el mandato popular y la acción política.

Un objetivo semejante no puede ser alcanzado fácilmente o apelando a las propuestas excesivamente coyunturalistas que han venido primando en el ámbito político argentino. Las soluciones salvíficas, donde una movida o personaje magistral resuelven casi mágicamente los graves problemas por los que hace años atravesamos, representan una ilusión irrealizable, a la vez que una demostración de escasa conciencia política de amplios sectores de la dirigencia y la militancia. La búsqueda de una pieza clave que permita armar en forma semiautomática una alternativa política para el campo nacional y popular, es más una muestra de escasa voluntad política o negación de responsabilidades, que una expectativa seria. Es necesario superar las esperanzas reiteradamente cifradas en el hallazgo providencial como generador de un triunfo tan anhelado como sorprendente, para poner manos a la obra en una construcción colectiva que demandará valores, esfuerzos, voluntad y consecuencia, como pasos ineludibles para ser acreedores al reconocimiento y respaldo necesarios.

Luis P. Brunati

17/ 2 / 91